

las dos cordilleras de colinas que forman un camino tortuoso para la entrada de la ciudad por el lado de Servia; cubrió el valle que hay en medio con sus tiendas, y elevó contra las salidas de los sitiados fortificaciones de tierra defendidas con su artillería de sitio. Su flota subiendo el Danubio, pasó el mismo día bajo el cañon de la plaza, se desplegó fuera del alcance de las balas, en el ancho espacio formado por la confluencia del Save, y echando el ancla de una orilla á la otra sobre cinco buques de profundidad, estableció una cadena inexpugnable para las barcas de los húngaros que intentasen abastecer á la ciudad sitiada.

Sorprendido Huniade con la celeridad é inminencia del peligro, no abandonó á sus propias fuerzas á los defensores de Belgrado; si no podia salvarlos, resolvió á lo ménos sucumbir con ellos. Con este fin, corrió acompañado por un corto número de ginetes de Pesth á la orilla izquierda del Danubio, se arrojó en los pantanos que cubren las hondonadas del rio hácia la ciudad húngara de Sembri y confiando su seguridad á una balsa de juncos construida por unos pescadores, atravesó el rio en una noche oscura y entró como fugitivo en la ciudad que queria salvar; su presencia valia un ejército para los húngaros.

## VIII

Despues de haber medido rápidamente los peligros de Belgrado, volvió á salir en breve empleando el mismo subterfugio para dar prisa á los socorros que los húngaros y los transilvanios le preparaban. A su voz doscientas barcas que estaban ya medio construidas sobre el alto Danubio para llevar una parte del ejército confederado á Varna, recibieron á bordo quince mil infantes y una artillería ligera. Huniade no quiso confiar á nadie la gloria de mandarlos, y embarcándose tambien, envió á sus generales á Belgrado un mensaje secreto ordenándolos que atacaran á la flota turca por la orilla, en tanto que él la abordaria sobre el rio; despues levantó el ancla, y doblando por la rapidez de la corriente, por el impulso del viento y de los remos, el peso de sus buques cargados de armas, rompió con sus proas forradas de hierro la cadena de los buques turcos inútilmente estendida delante de la ciudad.

Entonces el ejército impotente de Mahomet pudo ver una pelea confusa de buques haciendo fuego,

abordándose y combatiendo cuerpo á cuerpo sobre aquella confluencia ancha como una rada. El mismo sultan contemplaba desde lo alto de las rocas, el rompimiento de su bloqueo, la superioridad de maniobras y de valor de los húngaros, y la fuga el incendio ó el naufragio de sus buques que se iban á pique en el rio.

Huniade de pié sobre la proa de un bergantín que llevaba el pabellon de la Hungría, se lanzó al abordage del buque almirante de los otomanos. Un combate cuerpo á cuerpo enlazó un instante á Huniade y á Yunis sobre aquellas dos proas agarradas una á otra con garfios de hierro. El estrecho espacio en que se hallaban impedía á los soldados que los socorrieran. Huniade que conservaba en la vejez el arma y el brazo de sus primeros dias, á la vista de los tres ejércitos hundió su corto puñal en la garganta del almirante otomano, y levantándole de la proa precipitó al Save su cuerpo. Un grito de triunfo se elevó de las fortificaciones de la ciudad, y un grito de terror del campamento de los otomanos. La flota turca, alzando el ancla y abandonándose á la corriente, huyó á velas desplegadas ante el invencible Huniade, que pudo abordar libremente con sus quince mil soldados, ébrios con su victoria, bajo las murallas de Belgrado, seguido como un triunfador de sesenta buques y dos

mil cautivos, y habiendo mandado que llevaran detrás de él en unas angarillas el cadáver del capitán bajá muerto por su propia mano, que habian sacado del rio. Este espectáculo devolvió á los defensores de Belgrado una confianza en la fortuna y en la fuerza del héroe de la confederacion que era igual al desprecio que tenian á los turcos.

## IX

El sultan hubo de renunciar á bloquear la ciudad por el rio, y precipitó de día y de noche sus asaltos por tierra, á fin de adelantarse á los refuerzos que el Danubio y el Save podian traer á Huniade á cada instante.

El beglerbeg de Rumeliá, Karadja, general que dirigia el sitio, herido de un balazo de cañon, cayó en el segundo asalto á los ojos de Mahomet. El capitán de Huniade, el aventurero italiano Capistrano, que dirigia la defensa, precipitó al otro dia lo mas escojido de su guarnicion al asalto de las baterias turcas y penetró en su campamento hasta las tiendas del sultan. El mayor terror se apoderó del alma

de los musulmanes, y hasta los azabs se fugaron lanzando gritos, y llegaron hasta la falda de las colinas. Mahomet rodeado de un puñado de genízaros y cercado por todas partes por los aventureros italianos y por los caballos húngaros, sacó su sable, combatió por su vida y abrió la cabeza á un soldado húngaro que llevaba ya la mano á las bridas de su caballo para arrastrar al sultan prisionero á Huniade. Herido hondamente en el muslo de un sablazo, Mahomet desmayado de dolor, rodó á los piés de su caballo.

Una sangrienta pelea se empeñó en torno de su cuerpo entre los bajás y los ginetes húngaros, los unos muriendo por reconquistar á su emperador y los otros por llevarse aquel trofeo. Por último seis mil genízaros que volvieron avergonzados á la voz de su aga el intrépido Hassan, libertaron el cuerpo de su soberano, rechazaron á los cristianos hasta los cañones de la muralla, recobraron la artillería, volvieron á cerrar el campo y llamaron al ejército á sus tiendas. Mahomet vuelto en sí de su desmayo y curado de su herida, se indignó contra Hassan á quien debía su salvación, y á quien amenazó con el suplicio para castigar la cobardía de sus tropas.

Hassan acongojado respondió á su amo con lágrimas en los ojos, que iba á expiar el crimen de los ca-

bardes y á vengar la sangre del sultan, y galopando con un puñado de criados suyos sobre la retaguardia de los caballos húngaros, se precipitó sobre sus hachas de armas y murió á la vista de Mahomet inmolando trece ginetes cristianos á sablazos. Pero este sacrificio tardío no impidió que los otomanos pasaran por la vergüenza de una segunda fuga. Huniade, que habia corrido con treinta mil hombres á los gritos de victoria de Capistrano, volvió á tomar el campamento, se apoderó de trescientas piezas que armaban las baterías y rechazó los restos del ejército otomano hasta los desfiladeros de Sofía. Por causa de una herida que recibió en la persecucion no pudo acabar la derrota de Mahomet. Este príncipe, desesperado no se detuvo hasta Sofía, detras de las fortificaciones de la ciudad, para reunir, castigar y reforzar su ejército. Veinte mil turcos habian perecido sobre el rio ó sobre las brechas de Belgrado, y treinta mil en el campo; millares de cadáveres cubrian los senderos de los bosques entre el Danubio y Sofía. Los verdugos de Mahomet, apostados en los caminos que conducen á Andrinópolis, cortaban la cabeza á los fugitivos que no querian detenerse en torno de la ciudad donde el sultan herido estaba recomponiendo su ejército.

Por la fama de aquel sitio Belgrado se hizo el ba-

luarte de la cristiandad. El papa Calisto, que tenia ya mas de ochenta años, se regocijó al borde del sepulcro con aquel triunfo de la cruz, y en conmemoracion de aquella victoria, instituyó una fiesta anual de salvacion y gloria para el orbe cristiano. Huniade y Capistrano fueron proclamados salvadores del Occidente, pero ni uno ni otro disfrutaron de su gloria. Las heridas envenenadas por los vapores febriles de las orillas del Danubio y por los cadáveres de cincuenta mil otomanos que habian quedado insepultos para pasto de los cuervos de la Servia en los fosos y en las gargantas de Belgrado, hicieron de sus trofeos su tumba.

Huniade dejó asegurado al morir el trono de Servia á su hijo Matias Corvin, por el reconocimiento de su patria y por el entusiasmo de la Europa. Primer héroe de aquellas cruzadas patrióticas que sucedieron á las cruzadas religiosas contra los otomanos, hombre de una intrepidez de los tiempos antiguos, de una ambicion paciente, de una obstinacion que vencía los descalabros, de una gloria militar que triunfó hasta del genio de Mahomet, pero de una astucia y una deslealtad tan salvages, que ni sus amigos ni sus enemigos podian fiarse en su palabra, fué vencedor de los turcos por las armas, y fué vencido por ellos en buena fe.

## X

Mahomet II á quien la gloria de Constantinopla conquistada hacia olvidar facilmente el sitio abortado de una ciudad oscura de las orillas del Danubio, se tranquilizó con la muerte de Huniade sobre la idea de una coalicion de Estados secundarios que no tenian ya ni alma ni cuerpo. Sus negociaciones con los Estados de Italia, el aniquilamiento de la Hungría, y la tregua politica con Scander-Beg, no le dejaban nada que temer por esa parte de la Europa. Al fracasar delante de Belgrado, no habia perdido mas que gloria, pero el valor heróico que mostró, su sangre derramada en el campo de batalla para volver á los genizaros al combate, realizaban su fama á los ojos de su pueblo. En pocas semanas le llegaron nuevos soldados de todos los sandjaks de su vasto imperio; doscientos mil hombres fueron acantonados y ejércitados por sus nuevos bajás entre Andrinópolis, Salónica y Constantinopla. Se ignoraba por que parte pensaba verter aquel torrente de hombres.

La Grecia los vió moverse de repente y desembocar sobre sus valles por todos los caminos y todos los golfos que la cierran por tierra y por mar. Mahomet guiaba en persona la columna principal de aquella espedicion sobre Atenas.

Mientras se deshacia el imperio de Oriente bajo la dominacion de los Paleólogos hemos visto que el Archipiélago y la Grecia habian caido á pedazos en manos de los genoveses, los sicilianos, los venecianos y los florentinos. Los mercaderes de Ragusa, de Venecia, de Génova y de Florencia, habian despedazado aquellos restos de repúblicas ó de imperios cuyos nombres llenaban la historia, y cuyas ciudades hoy caidas en la irrisión de la fortuna, se habian vuelto el patrimonio de unos tiranuelos desconocidos. Atenas, la capital del entendimiento humano, de la gloria y de la libertad griegas, le habia tocado primeramente á un francés Villeharduino, y luego á una ilustre familia de comerciantes de Florencia, los Acciaioli. Delfos y Megara estaban comprendidos en esa soberania de ruinas. Las mismas ambiciones que agitaron antiguamente al Atico por la popularidad, la tirania ó la independenciam, agitaban aun á las familias de aquellos poseores feudales de la Grecia para disputarse aquellas cenizas de imperios; las mismas pasiones producian las mismas malda-

des. Lo que produce los crímenes es la fuerza de la pasion, no la grandeza del objeto apetecido.

El florentino Mauricio Acciaioli, duque de Atenas, que tuvo una muerte prematura, habia dejado un hijo de tierna edad y una viuda célebre entre las princesas griegas por una belleza que recordaba la de Elena, dicen las crónicas contemporáneas, y que tambien debia ser fatal á su patria; Acciaioli dejó igualmente un sobrino, hijo de su hermano, llamado Franco, y al morir legó el reino y la tutela de su hijo á su viuda.

Esta princesa dotada de un genio natural igual á sus encantos y á la violencia de sus pasiones, habia gobernado durante los primeros años de su regencia los Estados de su hijo con una prudencia y dulzura que la habian hecho el ídolo de sus pueblos. El sobrino de su marido Franco, celoso secretamente de la regencia, y humillado de sufrir el yugo de una mujer, era el único que agitaba con una oposicion sorda el interregno de su hermana política y la minoridad de su sobrino. Hasta entonces las virtudes de la regente habian bastado para confundir las tramas ambiciosas de Franco, pero una pasion, nacida de una mirada en el corazon de la duquesa, lo ensangrentó y lo perdió todo, hasta la misma Grecia.

## XI

Un jóven y hermoso veneciano llamado Palmerio, hijo del podestá ó primer magistrado municipal de la ciudad greco-veneciana de Nauplia, fué enviado por su padre á Atenas, para negociar con el gobierno algunos convenios comerciales relativos á los cambios de aceite y de seda entre ambos puertos. La hermosura igual en los dos, la conformidad de juventud y de patria, las conversaciones libres en la intimidad de las conferencias, inflamaron con un mismo amor á la regente y al enviado, y esta pasion, tanto mas ardiente cuanto mas se habia contenido de una parte por la distancia, y de la otra por la vergüenza de una alianza desproporcionada, estalló en fin con una violencia que recordó en el palacio de Atenas los crímenes de los Atridas.

Palmerio en su adolescencia aun, habia sido casado por su familia, y su mujer vivia en Venecia en la casa noble de sus padres. La duquesa ardiendo en deseos de deshacerse de una rival desconocida para quedar en libertad de casarse con su amante, insinuó

á Palmerio que el único medio que habia para su matrimonio con él, y para el reparto de la soberanía en el Atico, era la vida de su esposa. Palmerio vogó hácia Venecia, envenenó á su jóven esposa y se volvió ya libre á ofrecer su crimen realizado como un título y una prenda de amor á la duquesa que le habia inspirado. Aquellas bodas fúnebres se celebraron en Atenas con una embriaguez y una prontitud que despertaron las sospechas del pueblo, sospechas que Franco fomentó con sus discursos, y en breve con levantamientos en Atenas.

La regente y su nuevo esposo obligaron á Franco á desterrarse de su patria, y él se fué á buscar en Constantinopla un vengador en Mahomet II. El sultan, contento con todos los pretextos que motivaban la intervencion de sus armas en los asuntos de aquellos principados medio libertados aun de su yugo, ordenó á Omar, hijo de Turakhan, jefe del ejército permanente del Peloponeso, que se apoderase de Atenas, que destronara á la duquesa y la encerrase con su hijo en los calabozos de la ciudadela de Megara.

Palmerio, el marido y el cómplice presunto de la regente, se sustrajo á los hierros de Turakhan y corrió como Franco á Constantinopla para abogar ante Mahomet en favor de la inocencia y los derechos de

su mujer. Mahomet aconsejado por sus visires, finjó escuchar igualmente las quejas de Palmerio, y marchar para restablecer la soberanía legítima; pero ya Franco habia entrado en Megara bajo los auspicios de los otomanos y habia hecho degollar á la duquesa y á su hijo, y Mahomet avanzando luego á su vez para castigarle por su venganza, espulsó á Franco de Atenas al entrar él, y le dió en compensacion el principado subalterno y dependiente de Tebas en Beocia.

## XII

El sultan, tan buen letrado como guerrero mostró no menos orgullo y admiracion que Sila al aspecto de los monumentos de Atenas.

» ¡Cuanta gratitud, exclamó ante el Partenon y « el templo de Teseo, no deben la religion y el imperio al hijo de Turakhan, que les ha regalado estos « despojos del genio de los griegos! »

Muchas semanas gastó en la contemplacion de aquellos monumentos, asi como en el ajuste de los artistas que podian transportar á Constantinopla las

artes toleradas por el islamismo, y sobre todo la arquitectura, esa pasion reciente de los hijos de Othman.

Durante su residencia en Atenas, sus ejércitos esparcidos por los dos lados de las montañas que forman el núcleo de la Grecia, le concluyeron la conquista de todo el Peloponeso y del litoral del Adriático, hasta las fronteras de Venecia.

Uno de los hermanos del infortunado Constantino Paleólogo, Demetrio, soberano tributario de la mitad de la Morea, ofreció al sultan una de sus hijas en matrimonio, para asegurarse como muchos abuelos suyos una parentela en el haren. Mahomet aceptó por esposa á la jóven sobrina de Constantino, y la envió, con un séquito digno de su rango, al serrallo de Constantinopla.

Tomás, hermano segundo de Constantino, se indignó de la cobardía de Demetrio y se retiró de las poblaciones para combatir en las montañas. Demetrio, avergonzado de sus concesiones al sultan, se coaligó con su hermano Tomás para hacer una guerra de esterminio á los turcos.

Saganos-bajá, enviado por el sultan para sofocar aquella insurreccion nacional en la parte indómita de la Grecia marítima y montañosa, inmoló millares de patriotas griegos, y los dos príncipes negociaron

de nuevo con el sultan. Demetrio se dirigió á las tiendas de Mahomet cerca de Corinto, y se entregó á discrecion de su generosidad. Mahomet prosiguiendo la obra de la esterminacion de las poblaciones sublevadas por Tomás, pasó á cuchillo en Gardika á seis mil hombres, mujeres y niños, tomados por asalto en la ciudad; mil trescientos soldados griegos fueron degollados á su vista por haber violado una capitulacion. Bokhalis, comandante de Gardika por los griegos, y hermano político del gran visir Mahmud-bajá, fué condenado á ser serrado vivo por mitad del cuerpo; pero las lágrimas de su hermana, mujer del gran visir, pudieron salvarle de este suplicio.

Diez mil habitantes de la Arcadia fueron expatriados por Mahomet, y conducidos á Constantinopla para volver á poblar la ciudad. Tomás, errante en sus montañas como un proscrito en medio de sus Estados, huyó para siempre á Roma, para mendigar allí en vano la conmiseracion en nombre del heredero sin patria del imperio de Oriente. El sultan no dejó ni un puerto, ni una casa, ni un hombre libre en todo el territorio del Peloponeso.

Los venecianos temblando por sus buques imploraron su magnanimidad. Mahomet ordenó á Saganos-bajá que le libertara aun de aquel Franco Acciaioli, á quien habia concedido en cambio de

Atenas, la ciudad de Tebas y el territorio de la Beocia, pues queria, dijo, vengar el asesinato de la duquesa de Atenas y de su hijo, degollados en el calabozo de Megara. Saganos, imitando ya la perfidia griega enseñada á los turcos por los vencidos de Constantinopla, convidó á Franco á una fiesta en su propia tienda, y despues de una larga conversacion que se prolongó hasta media noche, hizo entrar á sus tchauschs ó chiaux, y les mandó que acabaran con el último soberano de Atenas. El derecho de conquista, escrito de esa manera en rasgos de sangre, no tuvo ya una voz viva que protestara en toda la Grecia. Una protesta muda se alimentó durante tres siglos y medio en el corazon de los hijos que sobrevivieron de aquella raza sin patria, pero no sin patriotismo, y resucitó en nuestros dias el nombre de la Grecia.

### XIII

Con el Danubio inmóvil, la Grecia muerta, Constantinopla resucitada de sus ruinas, Scander-Beg adormecido por una longanimidad muy habil de los



visires, el sultan apenas se detuvo en Andrinópolis para celebrar allí con fiestas sus nuevas conquistas, y se marchó á Constantinopla, á fin de acelerar nuevos armamentos, cuyo objeto nadie sospechaba, excepto el gran visir Mahmud : este objeto era el imperio de Trebisonda.

La familia imperial de Comnene habia fundado, dos siglos antes de Mahomet II, ese principado, engalanándole con el nombre pomposo de imperio de Trebisonda, sobre la orilla meridional del Euxino, entre el Cáucaso, la Armenia y la Rusia. Las olas del mar Negro, los bosques de la Georgia, los desfiladeros de la Persia, la política equívoca, las alianzas de complacencia con la familia de los sultanes, habian protegido hasta entonces á Trebisonda contra la ambicion de los otomanos; pero la geografia traza á los conquistadores una política, digamoslo así, involuntaria, que prosiguen hereditariamente de generacion en generacion, solo por la tradicion de su necesidad de existencia. Los turcos, dueños sin oposicion de la península de Anatolia que se estiende del Mediterráneo al mar Negro, y que se adelanta al Oriente hasta el estrecho del Bósforo, conquistado ya para lo sucesivo, no podian dejar en la misma línea de su territorio, en el fondo de aquella península, una potencia griega independiente, que habia de

coalgarse ya con los turcomanos de la dinastía del Carnero blanco de Caramania, sus enemigos, por tierra, ya con los genoveses y los venecianos, sus enemigos marítimos. El Euxino con todas sus riberas, debia inevitablemente pertenecer á los que poseian ya la puerta en el Bósforo y en Constantinopla.

Esta ambicion geográfica que fué una de las causas de la impaciencia de Mahomet II para subyugar á Constantinopla, era ahora el motivo evidente de su expedicion sobre Trebisonda. Su gran visir Mahmud se dió á la vela con doscientos cincuenta buques mayores para atacar á la ciudad por mar, mientras el mismo sultan á la cabeza de ochenta mil ázabs y de quince mil genízaros, se adelantaba por los valles interiores del Asia hasta la falda de las montañas de Armenia, hácia Siwas. Allí, replegando sus tropas sobre la izquierda, cortaria á la vez á Trebisonda de la Persia y de la Georgia, de donde aquella capital podia esperar socorros. El debil imperio de Trebisonda veia aumentarse aquella tempestad sin poderla conjurar de otro modo que por medio de tímidas negociaciones.

## XIV

Mahmud se apoderó al paso sin combatir del puerto de Sínope, otra capital de un principado en la familia de los Isfendiar, cuyas alianzas matrimoniales con la familia de los sultanes de Brusa, parecían prestarle algunas garantías de duración. Esa ciudad del gran Mitridates que la convirtió en una Cartago del mar Negro, conquistada y pasada á cuchillo por Lúculo, famosa por la grandeza de sus buques mercantes, entre los cuales había algunos que igualaban ya en capacidad á los buques que trafican entre la Inglaterra y las Indias orientales, por la estatua del Argonauta Autólicus, por el ídolo de su Júpiter Serapio, transportado á Egipto por los antiocos, y sobre todo por la opulencia de sus habitantes, enriquecidos por la fabricación de aceite y de cordelería, no intentó resistir á los deseos de Mahomet, que instaló un gobernador en la ciudad, dió á Ismail Isfendiar su soberano entónces, á modo de compensación, el principado de Jenischyr, para sacar de su tierra natal á aquella familia poderosa, concedió también á

uno de los hijos de Isfendiar, Ahmed ó Achmet, el principado de Castemuni, rico por sus minas de cobre, y continuó su camino hácia Erzerum. El ejército ignoraba aun adonde iba guiado por su gefe, y como el gran juez de Anatolia se lo preguntase indiscretamente al sultan, este le respondió : « Si un pelo de mi barba lo supiera, le arrancaría y le echaría al fuego. »

Su secreto encubría una venganza ; el año anterior el príncipe turcomano Uzun-Hassan, gefe de la numerosa tribu independiente del *Carnero blanco*, establecida en los ricos prados de las provincias limítrofes de Trebisonda, había tenido la temeridad de escribir á Mahomet para pedirle la exención del tributo que el emperador de Trebisonda, su hermano político, pagaba al sultan. Uzun-Hassan, alegaba insolentemente en aquella carta por motivo de aquel abandono del tributo de Trebisonda, que el mismo Mahomet II debía un tributo anual de mil alfombras, de mil mantillas de caballos y de mil cabezadas de frenos á Kara-Iuluk, gefe de la tribu de la *Sanguijuela negra* cuyos derechos representaba él por herencia.

« Marchaos en paz, respondió Mahomet II á los embajadores de Uzun-Hassan, que el año próximo iré á yo mismo á llevar mi presente á vuestro amo. »

Los embajadores de Uzun-Hassan no comprendieron la amenaza que revelaba aquel equívoco, y Mahomet iba á cumplirla.

## XV

La desolacion y el incendio de sus provincias noticiaron repentinamente á Hassan el verdadero sentido de las palabras de Mahomet. Hassan imploró su perdón y se presentó suplicante con su madre Sara en la tienda de Mahomet II. El sultan le devolvió sus Estados con la condicion de que rompería toda alianza con el imperio de Trebisonda y que le acompañaría en persona con su madre, sus hijos y sus guerreros, bajo los muros de aquella capital.

Volviéndose entónces súbitamente del camino de Persia que habia aparentado seguir hasta allí, encaminó la cabeza de su ejército hácia el mar Negro, haciéndola marchar con la rapidéz de un torrente. Mahomet II para dar el ejemplo del ardor y de las fatigas á sus soldados, marchaba á menudo á pié en medio de ellos por los senderos escabrosos, y sobre

las nieves de aquellas montañas entrecortadas de precipicios :

« Hijo mio, » le dijo un dia Sara, la madre de Uzun-Hassan, que iba con el ejército en una litera tirada por dos mulas, « ¿ cómo puedes condenarte á tantas fatigas y peligros por esa miserable ciudad « de Trebisonda? »

Envileciendo el precio de la conquista, se prometía inspirar al sultan la idea de abandonarla.

« Madre mia, » la respondió el astuto Mahomet que adivinó la intencion bajo la capa de interés de las palabras, « madre mia, el sable del islamismo « está en mis manos ; á costa de esas fatigas y peligros « gros puedo merecer el título de Ghazi ó de combati- « tiente de la fé ; si llegase á morir hoy ó mañana « sin llevarme ese título y ese mérito al sepulcro , « ¿ cómo me atreveria á presentarme delante del pro- « feta y delante de Dios? »

De este modo Mahomet II, el ménos crédulo de los príncipes, afectaba en interés de su ambicion, la tolerancia con los eristianos y el fanatismo con los turcomanos del desierto.

En breve llegó á descubrir sobre un promontorio la magnífica ciudad de Trebisonda que deslumbraba con sus torres, sus muelles, sus cúpulas, sus ciudadelas y sus campanarios cubiertos de capas de plomo

de Tokat. Ese promontorio se ensancha á medida que adelanta en la mar, y esto ha hecho que los poetas turcos comparen la ciudad á un pavo real que baña su cuello en la onda, y que ostenta sobre la tierra su magnífico abanico de plumas.

Mitridates la habia fortificado, Trajano la habia embellecido, Adriano habia dado su nombre á sus puertos, y Justiniano habia dado el suyo á sus acueductos. Capital de la antigua Capadocia, rodeada de una llanura parecida á un jardín, sin otro recinto que las murallas y el mar, abundante en granos, en frutas sabrosas y en pesca que alimentaban á su pueblo, despertó en los godos el deseo de su posesion; aquellos bárbaros que todo lo destrozaban sin fundar nada, habian pasado á cuchillo á sus habitantes y habian nivelado sus murallas. Durante la decadencia de Bizancio, los Comnenes, con la ayuda de los cruzados, que fueron los desmembradores del imperio cristiano, habian formado un imperio de aquellos restos, imperio que poseian hácia dos siglos, ora sacando sus esposas de la familia imperial de los Paleólogos en el palacio de Blakernes, ora dando sus hijas á los sultanes de Brusa ó á los príncipes turcomanos del *Carnero blanco* ó del *Carnero negro* sus peligrosos vecinos. De este modo Sara, madre de Hassan, era una nieta del emperador reinante y una

hija del último emperador de Trebisonda. Sara iba á presenciar la destruccion de la cuna de su casa.

## XVI

A la sazón el emperador de Trebisonda era David Comnene. El aspecto del ejército de Mahomet II que bajaba de las montañas de Tokat, y de las velas de Mahmud el gran visir, que cubrian el mar Negro, anunció á los tímidos cristianos de Trebisonda que su religion, su independencia, sus riquezas y sus vidas estaban á la disposicion del conquistador de Constantinopla. Los genoveses, dueños de algunos puertos en la Crimea, que eran los únicos que podian socorrerlos por mar, eran demasiado débiles, demasiado políticos ó interesados para disputar á Mahomet aquella dependencia de Constantinopla, cuando no se habian atrevido á disputarle la misma Constantinopla. Unicamente podian salvarles las negociaciones, y en efecto se abrieron al estruendo del cañon de Mahomet que principiaba á demoler las fortificaciones del muelle. David salió de la ciudad para tratar de su suerte y de la de su pueblo con Mahomet II,

y este le dió á elegir entre retirarse libremente por mar con su familia y sus riquezas, ó perder el imperio, su familia y la vida defendiendo inútilmente sus murallas; quiso seducirle con una abdicacion nada violenta, y con la perspectiva de un retiro honroso y feliz, parecido á aquel de que disfrutaba á la sazón Demetrio Paleólogo, en cambio de su abdicacion del Peloponeso.

Confiado en sus promesas, el emperador David se embarcó con una parte de su casa para Constantinopla. Además, ofreció al sultan la mas jóven de sus hijas, la princesa Ana, por esposa; el sultan aparentó aceptar, pero la desdeñó por mujer, y la envió entre las odaliscas de su haren innumerable. El conquistador guardó en cautiverio al jóven sobrino del emperador, hijo de su hermano destronado por David, y legítimo heredero de Trebisonda, y envió al emperador y á la emperatriz Elena con sus ocho hijos, á Seres, ciudad griega de la Tracia, que habia señalado por punto de destierro á aquella casa imperial. Uno de aquellos ocho hijos se hizo musulman y entró en el número de los pages de Mahomet para servir con ellos, como en otro tiempo Scander-beg, al usurpador del trono de sus padres.

## XVII

Apénas David y su familia habian salido del puerto de Trebisonda para bogar hácia su eterno destierro, cuando el sultan desmintiendo todas sus promesas, entró en la ciudad como un vencedor irritado. Los hijos de las familias principales fueron incorporados por la fuerza entre la servidumbre de sus pages, y los ricos fueron embarcados con sus riquezas para ir á poblar y enriquecer la capital de Constantinopla. Los pobres, obligados á permanecer en la ciudad conquistada, recibieron la órden de habitar solamente en los arrabales, y los turcos tomaron posesion de los palacios, de las casas, de la ciudadela y de los puertos.

Así cayó Trebisonda, aquella última piedra del imperio bizantino, aquella efímera fundacion de las cruzadas; solo los genoveses conservaron algunas radas en el mar Negro, que se hizo el lago de los otomanos. Mahmud se volvió con la flota cargada de prisioneros y despojos al Cuerno de Oro, y Mahomet tambien se embarcó para volverse con mas prontitud á Europa, donde le llamaba Scander-beg. El ejér-